

nicos de Tierno Galván (¿recuerdan?), las películas de Almodóvar, el lenguaje petardo y corrosivo de la cultura urbana, las drogas. Eso lo sabe todo el mundo. La vida, como siempre, es implacable a la hora de repartir suerte, de modo que algunos han sobrevivido a duras penas, otros han triunfado y todavía viven de aquello, los más rompieron radicalmente con su coqueteo cuando la cosa se puso fea de verdad. Muchos, desgraciadamente, quedaron en el camino, pero, en cualquier caso, vivir aquellos años no fue ninguna tontería, aunque la literatura que ha dejado pueda parecerlo; pienso en la estupidez de *Patty Diphusa*, por ejemplo: un caso claro de *decálage* entre la bohemia y sus resultados literarios (y sólo literarios).

Bien, sabemos eso y poco más. ¿Qué había tras esa *performance* frenética en la que vivieron los músicos de aquellos años, por ejemplo? Porque la música fue el único vehículo de expresión artística que alcanzó a proyectar unos sentimientos juveniles sobre una colectividad influyendo de forma decisiva sobre ella y sus costumbres. Sabino Méndez se ha propuesto hurgar en aquella *performance* permanente, revivirla y observarla con la lucidez de un superviviente. Su libro tiene esa voluntad minuciosa de escribir la pequeña inmovible verdad, de un ser humano que ha vivido un momento excepcional y quiere saber qué ha quedado de él en el presente. La suya es una verdad

todavía encendida por los rescoldos de aquel fuego. Afortunadamente, en *Corre, rócker* se ha prescindido del clásico ¡oh qué jóvenes, brillantes y divertidos éramos! al estilo *gauche divine* –*Deo gratias*– y el autor se ha tomado en serio y honestamente su labor de cronista de un tiempo y de un modo de sentir.

A Sabino (y escribo Sabino porque lo conozco y es un amigo aunque eso no tiene nada que ver ahora, más allá de la cordialidad del trato) le ha salido una memoria entre dolida y mordaz de un tiempo durante el cual su autor vivió en la cresta de la ola. Como es lógico, el radio de influencia de su evocación se proyecta en lo biográfico hacia delante y hacia atrás en trallazos que permiten vislumbrar la vida de un hombre más allá del escenario de los 80, pero que por encima de todo propone una especie de investigación dialéctica sobre la singularidad del narrador, el propio Sabino Méndez, en un momento de metamorfosis. El momento del vértigo ya pasó –fueron los años de éxito, de dar dos conciertos una misma noche y de atiborrarse de *speed ball*– y es precisamente ese vértigo lo que se quiere observar diez o doce años después.

No es fácil dar con el tono adecuado para este tipo de proyecto. El narrador recurre a un tono bradominesco, a veces irónico, a veces sentimental, para describir aquella época. Utiliza suaves metáforas que de hecho proponen una renovación de los modelos de descripción

imperantes en el canon autobiográfico. Está claro que es un letrista de *rock* quien ve en su novia una chaqueta de cuero «buscando bañarse en el viento furioso de los trenes desbocados». La metonimia es el rasgo de estilo más frecuente en *Corre, rocker* como no podía ser de otro modo:

«Esos (días) festivos nos permitían descubrir la independencia de unos padres tolerantes que seguían viajando al paraíso playero mientras dejaban a nuestro cargo las plantas, los colchones, la cubertería y las llaves del domicilio familiar».

El libro responde a una necesidad íntima de explorar y convocar los diferentes y en buena parte desconocidos yoes (porque no daba tiempo a controlar sus manifestaciones) que vivieron aquella época de nacimiento y muerte, en relación con el entorno. Por otra parte, el entorno tiene nombre y se llama Loquillo. Digamos que «el cantante alto» articula la línea defensiva de su relato que tiene algo de ajuste de cuentas y de línea Maginot, es decir desde el texto se lucha por reivindicar lo que el autor cree que le pertenece, al tiempo que se defiende de las otras versiones que hayan podido circular sobre su separación del grupo musical. Todo lo que pasó, pasó tan rápido que apenas podía alcanzar el nivel de la consciencia, parece decirnos su autor. Uno estaba allí o no estaba. Pero si estaba no había reflexión posible. Bien, eso debería ir en descargo de todos, pero no va. La tesis

que subyace es que por debajo de la inconsciencia del *rócker* y los peces de colores circulan corrientes más profundas. Se llaman diferencias de clase, arribismo y negocio, y al autor esas corrientes acabaron sino por echarlo del río sí por dejarlo en dique seco. De ahí el guiño a Updike y a su novela más incisiva, *Corre, Conejo*.

El orden del relato es el de una dialéctica con aspecto de sucesión narrativa. Quiero decir que el lector queda convencido al final del libro de que se le ha contado una historia del mayor interés (porque es verídica) pero si quiere puede leer el libro en una clave de indagación personal.

Sabino Méndez ha abordado la escritura autobiográfica después de haber leído mucho —se nota— y de reflexionar sobre los procedimientos literarios más convenientes a su proyecto. De esa reflexión han quedado abundantes pruebas textuales que invitan a una lectura cómplice, sutil, de influencias, alusiones y benévolas parodias narrativas. No estamos pues ante un relato autobiográfico ingenuo, de aquellos que pretenden que las cosas contadas caigan por su propio peso siguiendo un hilo presuntamente cronológico. No. Tampoco resultaría verosímil en su caso, con su trayectoria artística, un narrador inocente abandonado a un procedimiento convencional. El autor de *Corre, rocker* lo sabe y lo siente así. Por eso el suyo es un libro singular y la evocación, en primera persona, de aquellos años en los que tuvo un

papel protagonista, le ha llevado a una exploración del vértigo vivido, a un ir y venir permanente del escenario de la acción a sus efectos.

Sin embargo, la trayectoria del relato es la inversa a la comúnmente establecida, porque si bien la mayoría de autobiografías pecan de ser un punto de llegada para el escritor que, ocasionalmente, concluye con ella una dilatada trayectoria y no está ya para muchos trotes, el caso de Sabino es el contrario: se estrena con un libro autobiográfico. Y su relato refleja muy bien el vigor, la vivacidad de un escritor joven y con ganas: el orden mismo de encadenamiento de los elementos del relato, las aceleraciones fulgurantes, los cambios de situación, la tensión de las introspecciones, denotan, en fin una preocupación por legitimar literariamente su relato creando un tipo de suspense muy atractivo. Se diría que el ritmo de *Corre, rócker* es el de una obra de teatro (hay motivos para verlo así) y obedece a los imperativos de la representación escénica. Como el narrador está encantado de conocerse, cumple él mismo con todos los papeles: es el héroe, el autor del libreto, el director de escena, el cámara, el responsable de las luces; incluso ha escrito el programa de mano. Quizás podría pedírsele un poco más de acción. Es el único reparo que puedo ponerle a un libro tan duro y conmovedor como la vida que describe.

**Anna Caballé**

## La esencia de las formas\*

Tanto la poesía como la plástica se han manifestado de forma simultánea y permanente en la actividad artística de Hugo Padeletti. Nacido en Alcorta, provincia de Santa Fe, Argentina, en 1928, estudió filosofía y se especializó en estética en la Universidad de Córdoba. Comenzó a escribir en la adolescencia, pero dio a conocer su primer libro, *Poemas*, en 1959. Dedicado a la docencia universitaria en Rosario, pasó muchos años creando casi de manera secreta o realizando, de tanto en tanto, alguna muestra pictórica. Es a partir de 1989, con la aparición de *Poemas 1960-1980* y de sus primeras exposiciones en Buenos Aires, cuando comienza a ser reconocido y descubierto por los escritores y artistas prestigiosos de su país, admirado por los más jóvenes y reseñado elogiosamente en diversos medios.

\* La atención. Obra reunida (poemas verbales-poemas plásticos), *Hugo Padeletti, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Argentina, 2000, tres volúmenes 181, 235 y 307 pp.*

Los tres copiosos volúmenes que llevan por título *La atención* recogen la obra poética de este peculiar autor y también una selección de sus «poemas plásticos». Asimismo, los tomos I y III incluyen apéndices compuestos por textos críticos y testimonios del mismo Padeletti como de un número considerable de poetas y ensayistas (Elisabeth Azcona Cranwell, Jorge Aulicino, Arturo Carrera, Osvaldo Aguirre, María Teresa Gramuglio, C.E. Feiling, Daniel García Helder, Daniel Freidemberg, Guillermo Saavedra, Hugo Gola y Nicolás Rosa, entre otros) que sirven de apoyo para una mayor comprensión del hecho estético ante el cual nos hallamos: un rico y sutil contrapunto de palabras (poemas verbales) y dibujos (en su mayoría, *collages* de pequeño formato sobre papel), de lenguajes distintos que tienen entidad propia y, a la vez, una estrecha relación fundada en las mutaciones de lo íntimo, en el despojamiento extremo, en la esencia de las formas. Creaciones pictóricas (poemas plásticos) que se presentan a contramano de las ideas de fin de siglo y parecen confiar en una dinámica propia inspirada en Arp y, en general, en la ‘estética de la imperfección’ del budismo zen.

En los apéndices encontramos, además, alguna entrevista que no sólo da cuenta de los itinerarios o preferencias estéticas del artista, sino de toda una teoría personal del arte acuñada por lecturas, viajes y, en especial, por el ejercicio de una vida

consagrada sosegadamente a la reflexión o, con más exactitud, a la contemplación, fundamental en Padeletti, conmovido desde muy joven por el hinduismo y el budismo.

Esta obra, que reúne la producción édita e inédita del autor, es muestra sustanciosa de una poesía autónoma, desmarcada de las corrientes latinoamericanas actuales y regida, sin dogmatismos, por una estructura de pensamiento oriental, mientras comparte con la de Marianne Moore curiosidad y deslumbramiento por el mundo de la naturaleza.

Construidos con fragmentos inacabados, con alusiones e imágenes apenas unidas por la rima —que denotan una observación minuciosa de la vida, del entorno cotidiano—, cada uno de los poemas va componiendo un universo amplio, pleno, a la vez que una ética espiritual: la búsqueda de lo bueno, lo puro, lo perfecto, es decir, de aquello que la estética (la belleza) puede nombrar o perseguir con palabras.

Se trata, en suma, de una poesía que está más cerca de las cosas que de los seres humanos, pero tiene la virtud de llevarnos más allá, como sucede en la experiencia mística, de penetrar lo oscuro y revelarnos, al decir del propio poeta, «el acto claro/en el momento claro».

Poesía que rehuye las ideas sublimes o pretenciosas —aunque incorpora frases latinas, citas en inglés y francés, refranes—, para trabajar con secuencias de la realidad y a veces